

COL.LABORACIONES

NOTA

Por un error involuntario en la impresión del anterior número, se omitió el nombre de la autora de la colaboración que incluimos sobre «Necesidad e importancia de la terapia logopédica en los niños que presentan problemas de aprendizaje y que evidencian una conducta atípica con rasgos psicóticos y/o autistas», que en este caso se trataba de doña Marta Perissini.

COLABORACION DE LA COMISION DE PSICOLOGIA CLINICA

Junto con otras ciudades, como Sevilla, Madrid, Barcelona, etcétera, Valencia constituyó uno de los lugares en donde M. Safouan, por iniciativa del Instituto Francés y con la coordinación del Colegio de Psicólogos de dichas ciudades, desarrolló en sucesivas conferencias una serie de puntos nodales del psicoanálisis.

El trabajo psicoanalítico de M. Safouan, así como sus escritos publicados, entroncan, por una parte, con la posición teórica y el aporte de J. Lacan al psicoanálisis, y, por otra, se caracterizan por una continua profundización personal en los textos freudianos y en torno a los ejes de la teoría y la praxis psicoanalítica (C. Edipo, el inconsciente, el deseo, la formación del analista, etcétera).

El texto que presentamos como colaboración: «Una entrevista con Moustapha Safouan», corresponde a las preguntas y respuestas que surgieron del encuentro entre un pequeño grupo de personas interesadas por el psicoanálisis y M. Safouan el 25 de enero del pre-

sente año en el Instituto Francés de Valencia. El mismo día, en la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, expuso «La transferencia», tejiendo los hilos de la relación de Breuer con su paciente Ana O.

Agradecemos al señor Safouan la gentileza tenida al aprobar la publicación de este texto-traducción, exclusivamente para el Boletín del Colegio de Psicólogos de Valencia.

Moustapha Safouan es autor de las siguientes obras:

- «¿Qué es el estructuralismo? El estructuralismo en psicoanálisis». Losada, 1975 (en francés, 1968).
- «Estudios sobre el Edipo». Siglo XXI, 1977 (en francés, 1974).
- «La sexualidad femenina». Grijalbo, 1979 (en francés, 1976).
- «El ser y el placer». Petrel, 1982 (en francés, 1979).
- «L'inconscient et son scribe». Seuil, París, 1982 (no hay traducción española).
- «Jacques Lacan et la question de la formation des analystes». Seuil, París, 1983 (no hay traducción española).

ENTREVISTA-CONFERENCIA CON MOUSTAPHA SAFOUAN SOBRE PSICOANALISIS

El 26 de enero de 1983, en el Colegio Francés, en Valencia. La traducción ha sido realizada por Manuel Sides Galán.

—¿Podría decirnos qué entiende usted por psicoanálisis?

—Podemos partir de la idea muy común de que el psicoanálisis es un método de tratamiento. Efectivamente, los orígenes médicos del psicoanálisis son

innegables, pero ya es hora de que re-pensemos esta cuestión.

El médico se da como función curar, pero ¿qué es este curar? ¿Es volver al estado anterior? Es decir, hay un dolor en algún sitio, se toman las medidas necesarias, se prescriben los medicamentos apropiados para hacer desaparecer los dolores. Pero, justamente, en psicoanálisis podemos preguntarnos qué es ese «anterior», es decir, ¿había un «normal» antes de la neurosis? Se comienza por una neurosis. Por otra parte, es por eso que el término analizante fue lanzado en el campo o en el mercado del vocabulario psicoanalítico por Lacan, mucho más apropiado que el término enfermo.

Sin lugar a dudas, con el psicoanálisis podemos dar servicio en el sentido de que podemos conducir a alguien, por ejemplo, a recuperar su talento, mientras que antes no llegaba a utilizarlo por razones de autopunición; podemos evitar a alguien elecciones de objeto desastrosas; incluso podemos conducirlo a asumir ciertas responsabilidades; podemos salvarlo de cierta micromanía que le hace tender a desaparecer frente a personajes que tienen para él no sé qué prestigio. Pero hay, sin embargo, una diferencia entre «dar servicio» y «curar», porque no empezamos por ser normales y después terminamos por ser neuróticos. Si el psicoanálisis nos enseña algo es, justamente, que se comienza por algo que se llama la neurosis infantil. Es una cuestión a la que se puede responder de diferentes maneras.

—**¿Después de ser analizado se continúa siendo neurótico?**

—Según lo que acabo de decir, podemos darnos cuenta de que, para mí, la frontera entre lo normal y lo neurótico es una distinción absurda. Lo que ocurre es que el sujeto, puesto que es un sujeto que habla y que para satisfacer

su propia necesidad debe ir a pedir, esto produce efectos que escapan a su conocimiento. Es éste el sentido de la represión («refoulement») primaria. Así que, cuando se está analizando, la cuestión no es si se va a convertir en normal, sino la cuestión es si vamos a escapar a otra captura en el significante, y los efectos que el significante produce en nosotros, es decir, ¿escaparemos de eso? La respuesta es no. Sólo llegamos a estar más atentos a esos efectos. Dicho de otra manera, alguien que ha sido psicoanalizado es alguien que tiene el inconsciente más una experiencia del inconsciente. Tiene, pues, un inconsciente en una relación más flexible; le permite, por ejemplo, ver más claro en un olvido, en una depresión, etcétera. La experiencia del inconsciente en el análisis es una experiencia magnífica. Les voy a comentar un caso que tuve el otro día, porque los ejemplos concretos son útiles. Era una directora de teatro, alguien normal. ¿Qué tenía? Tenía perturbaciones con sus amigas, pero quién no tiene. No estaba casada. ¿Es anormal estar soltera? Era alguien que tenía una participación muy activa en la vida social, que tiene un gran reconocimiento social, por la sociedad, el público, el Estado, y que en el dominio de los intercambios, lo que podemos disfrutar de las relaciones sociales como una relación de intercambio, daba tanto como recibía, e incluso más.

Yo no veo por qué llamarla enferma, solamente porque quiere hacer un análisis. Viene a un análisis porque, en un momento dado, hizo una serie de direcciones escénicas desastrosas. Es decir, una vez tras otra, fue severamente criticada. Ella misma debió de sentir algo en su trabajo que no iba bien. Al principio del análisis no se sabe a dónde se va. Si el análisis le lleva a darse cuenta de que en su trabajo de directora de teatro no

hacía más que dar satisfacción a pulsiones oscuras, con el conocimiento adquirido sobre el inconsciente puede poseer mejor su talento y servirse de él verdaderamente. Con esto, no tiene necesidad de continuar el análisis. No veo por qué después del análisis debamos decir que llega a ser normal, puesto que antes del análisis era normal.

— **En un artículo suyo —«El final del análisis»— plantea la cuestión de una depresión al final del análisis, y quisiera que hiciera la diferencia con otras depresiones.**

— He olvidado este artículo, pero me acuerdo de eso. Como ustedes saben, en la doctrina psicoanalítica existe algo que se llama Yo ideal. Es una noción no difícil de asimilar, incluso está al alcance de los psicólogos. Por ejemplo, suponemos un joven, deportista, que realiza proezas con su coche. Así, pues, este joven que está al volante de su coche se puede decir que es el Yo. Evidentemente, cuando él se ve así delante de su coche, se toma por no se qué actor, por ejemplo J. P. Belmondo. Belmondo es su Yo ideal. Podemos multiplicar los ejemplos, pero el problema es que este Yo ideal que les exalta es también una instancia que les deprime. Es por eso que ciertos analistas dicen, increíblemente, pero es verdad que ha sido dicho, que al fin de un análisis el analizando se identifica con su analista como su Yo ideal, pero el fin de tal análisis no puede ser más que una manía provisional, una exaltación provisional.

Pero si queremos privarlo de este Yo ideal, es decir, si no lo tomamos por Belmondo, entonces habrá otra depresión, y que puede ser más difícil de atravesar, pero que es saludable, o sea en el sentido de que no nos equivocamos impunemente.

Son éstas las dos depresiones: una, que es el efecto de la recaída del Yo

ideal; la otra es la que conocemos solamente en el análisis cuando se trata de hacer el duelo.

— **¿Está más relacionada con el Ideal del Yo?**

— Sí, el Ideal del Yo se conserva, pero ya no precipita al sujeto en la ilusión de que este ideal está realizando. Dicho de otra manera, el Ideal del Yo permanece como raíces de una falta.

— **¿Cómo se podría abordar el tratamiento de las toxicomanías desde el psicoanálisis?**

— Esto nos remite a toda la teoría de la melancolía en Freud y Abraham. Como ustedes saben, es una condición cíclica, se pasa de la manía a la melancolía, y después se vuelve a la manía, etcétera. Así, pues, lo que Freud nos dice concerniente a la melancolía es que la sombra perdida del objeto cae sobre el Yo. Digo perdida en el sentido de que el objeto nos ha abandonado de una u otra manera, ya sea que haya muerto, que se haya alejado o nos haya rechazado. Esta expresión de la sombra de este objeto que ha caído sobre el Yo, quiere decir que el mismo Yo se ha convertido únicamente en la sombra de este objeto. Pero lo que hay que añadir, y éste es el aporte de Lacan, es que esta sombra se ha transformado en el Yo, separa al sujeto de su deseo. ¿Qué quiere decir esto? ¿Cuál es el deseo en la melancolía? Si se toma en cuenta lo que Abraham aporta, el deseo de la melancolía correspondería a un punto de regresión bastante profundo, y que el deseo en cuestión era precisamente el deseo de destruir el objeto. Pero, como el objeto ha pasado a ser el Yo, todo se dirige contra el Yo, y de ahí los autorreproches permanentes, las apreciaciones peyorativas de sí mismo.

Aquí vemos más claramente que, justamente, es el Yo como se ha transfor-

mado el que impide al sujeto tomar conciencia de su deseo. Es por eso que, en semejantes condiciones, la empresa psicoanalítica es particularmente arriesgada. No digo que sea un motivo para rechazarlos, pero hay que darse cuenta de que en estos casos corremos más riesgos que en otros.

— **¿Qué entiende por riesgo?**

— El riesgo es empezar con una apreciación que resulta falsa. Por ejemplo, podemos estimar que hay posibilidades de que algo del orden del deseo-no-conocido pueda ser aceptado por el sujeto. Podemos estimar también que el sujeto irá al encuentro con la verdad, pero la sorpresa es que esta impresión resulte falsa, sea porque se niegue a ir al encuentro con la verdad, y en este caso los daños aún se pueden evitar. Pero también hay casos en los que, si alguna vez nos aproximamos, aunque sea poco, a este momento, esto suscita efectos muy graves, a veces pasos incontrolados al acto, etcétera.

— **¿Podría hablar algo de la transmisión del psicoanálisis y las instituciones psicoanalíticas?**

— Podemos plantear la cuestión, puesto que hablamos de la institución psicoanalítica, de si la relación psicoanalítica es una relación social. ¿Es algo parecido a la relación médico-enfermo? Acabamos de ver que no. ¿Es como una relación maestro-aprendiz? Por ejemplo, alguien que quiere ser abogado va a una facultad y encuentra allí maestros que le enseñan las leyes. Pero yo no creo que sea así, por la sencilla razón de que en el dominio de la formación, en el sentido de la formación de obreros cualificados, ingenieros, arquitectos, carpinteros, músicos, podemos constatar que, hasta hace poco, la familia era el medio privilegiado de la transmisión. Hay dinastías de médicos, y se puede pasar a notario de padres a hijos. Pero

¿es que se llega a analista de padres a hijos? ¿Qué tipo de relación es, si no es una relación social? La pregunta no está fuera de lugar, pues en toda sociedad había personajes raros que tenían una posición particular en el sentido de que se les acercaban para que respondiera a preguntas del orden del sentido de la vida, o qué es lo que quiero. En esas sociedades había personajes que funcionaban con técnicas particulares, como la técnica Zen, por ejemplo, en una familia que no tenía nada de práctico, pero que se situaba en el orden de una transmisión de la sabiduría.

Pienso que el psicoanálisis no es algo para transmitir la sabiduría, ni que el psicoanalista sea un maestro Zen o un gurú. Importa, sin embargo, que tenemos una relación con algo que se llama el lenguaje, que algo se produce en un orden que podemos calificar de ético, a saber qué soy, qué quiero. Lo que es más decisivo es que no tenemos respuestas a esas cuestiones, sólo que este saber, detrás del cual el sujeto corre, existe en algún sitio. Podemos escribir y decir que existe en dos términos existe. Esto es el inconsciente, de manera que no hay nada que decir como respuesta, sólo y simplemente podemos atrapar la respuesta cuando se significa en lo que él dice, porque, evidentemente, lo que un sujeto dice puede significar mucho más de lo que dice. Esta es la primera lección del psicoanálisis.

— **Sabemos que el psicoanálisis no pretende curar (respuesta de M. Safouan: «Pretende curar, pero soy yo el que dice que no cura»). Pero no pretende volver al sujeto a un estado anterior considerado como salud. Más concretamente, mi pregunta sería: ¿Qué puede hacer el psicoanálisis con la psicosis, adónde puede conducir el psicoanálisis a un psicótico?**

Por mi parte, estimo que lo que Lacan ha introducido con la noción de «forclusion» esclarece mucho la psicosis. Pero no es en absoluto necesario que un saber o un esclarecimiento teórico se traduzca en una mayor eficacia práctica. La palabra inglesa indica que la sabiduría es un poder, pero pienso que no siempre es verdad. Incluso diría que, en cierto sentido, se llega a ser más pesimista con la teoría de Lacan, no precisamente en lo concerniente a la psicosis, sino a la transferencia, porque establece que la transferencia es esto: que el analizante pone al analista en el sujeto supuesto saber. Pero, justamente, lo que caracteriza al psicótico es que no quiere saber nada de esto. Así, pues, la cuestión de si hay transferencia en la psicosis es muy problemática. Yo casi estaría tentado de responder que no, porque no hay que confundir la transferencia con la especie de captura imaginaria en la que el psicótico cae frente al médico, ya se lo vea como bienhechor o perseguidor. Todo esto tiene que ver con una captura imaginaria que nada tiene que ver con la transferencia.

Si se trata de una estructura psicótica, podemos ayudarlo a evitar un internamiento o a evitarle el viraje hacia la psicosis.

— **¿Dónde podemos situar esa especie de captura imaginaria?**

— Con un psicótico, en todo lo que hace, en todo lo que dice, y en el carácter o tipo de sus síntomas. Esto que quiero decir con la captura imaginaria lo tienen ustedes, por ejemplo, en la actitud de un enfermo llamado Schreber con su médico.

— **¿En relación con el Yo?**

— Sí, por supuesto.

— **Si la transmisión del psicoanálisis es la transmisión del inconsciente, la formación del analista podría ser una formación del inconsciente.**

En este sentido, juega un papel muy importante el análisis didáctico, y mi pregunta es cómo entender la frase de Lacan de que el analista sólo se autoriza a sí mismo.

— Podemos decir que lo que ocurre en un análisis es que sujeto es conducido a asumir la realidad de su inconsciente, y la asume hasta tal punto que quiere repetir esa experiencia de traducir el inconsciente, a nivel del inconsciente de los otros. Así, pues, el punto culminante es éste: asumir la realidad del inconsciente. Es una asunción del inconsciente que debe dar pruebas de su valor, de su saber, en el hecho mismo de que desea repetir la experiencia. O sea, hay algo que es del orden del deseo y es aquí donde, justamente, toda intervención institucional se situaría en el plano de la competencia o no competencia, si ha hecho doscientas sesiones mientras que hay que hacer trescientas, o hace falta hacer cuatro años en vez de tres. Todo esto se convierte verdaderamente en no apropiado. Quiero decir que es el hecho mismo que esta emergencia del deseo es producto del análisis. Y en este sentido podemos decir que sólo se autoriza a sí mismo. Incluso si se autoriza con un falso deseo, no tienen ustedes ningún medio de rectificar las cosas administrativamente, y lo aprenderá a costa de sí mismo o a costa de otros.

— **¿Qué piensa respecto a que creo que la institución garantiza algo que tiene que ver con la ley?**

— No, si garantiza algo se trata solamente de garantizar cierto conformismo. Pero ¿qué ley? La relación del deseo con la ley no se juzga más que desde el interior de la relación analítica, como si desde el exterior tuviéramos unos índices muy vagos. Por ejemplo, esta frase de Lacan: «allí donde el sujeto cede en su deseo, ahí tenemos la certeza de que hay culpabilidad». Pero no, esto

no dice nada del caso en que no ceda. Algunas veces, el sujeto no cede en su deseo, el cual lo conduce a la ruina. Por lo tanto, la relación entre el deseo y la ley no se juzga más que en la relación psicoanalítica. Es por eso que la institución no garantiza nada, sino, aun otra vez más, cierto conformismo.

Pero esto no quiere decir que la institución sea inútil. Supongamos que, por ejemplo, tres o cuatro formamos una institución y vemos un trabajo de otra persona y hemos comprobado que depende de otra formación diferente a la nuestra. En este caso podemos testimoniar, es decir, sin pretender garantizar, que tal trabajo es un trabajo correcto. En este caso, admitimos a alguien de fuera de nuestra sociedad.

—**¿Qué índices en un análisis nos pueden permitir decir que un análisis marcha o funciona bien?**

—Para esto tendríamos que recurrir a la noción de resistencia, es decir, un significante de lo que se llama los retosños («rejetons») del inconsciente. Hay analizantes que no lo soportan, e incluso más, alguien que lleva un análisis de una manera prometedora y todo discurre como si fuera de descubrimiento en descubrimiento, pero todo lo que descubre en seguida es recuperado por la represión («refoulement»), tan pronto como se descubre se olvida.

La referencia mayor para apreciar lo que usted llama la marcha del análisis es la relación del sujeto con lo que viene de su inconsciente, ya sea que no lo soporte o que lo haga rápidamente después, que es lo mismo. Pero, si quiere otra referencia, será una referencia a los efectos del análisis, a los efectos reales. El hecho es que los efectos de un análisis no se juzgan más que después de cierto tiempo («après-coup»). Esto lo admitimos todos los analistas. En el fondo, cuando su analizante acaba análisis y se

va, aparentemente ha conseguido cierto bienestar, como en el ejemplo de la directora de teatro. Pero, en fin, en lo que concierne a la autenticidad de estos efectos, la suficiencia para lograr ese bienestar, todo esto sólo puede juzgarse si tenemos ocasión de enterarnos de algo sobre él posteriormente, en un tiempo posterior.

—**¿Es posible el psicoanálisis en los niños o no?**

—El hecho es que hay analistas y que obtienen resultados. Efectivamente, podemos librarnos de una fobia, de una inhibición escolar, de dificultades del carácter, etcétera. Yo no me he ocupado de análisis de niños, pero constato que existe.

—**¿Es lo mismo el análisis infantil lacaniano que la técnica kleiniana del juego?**

—En absoluto, el mérito de M. Klein es haber adivinado hasta qué punto el fantasma inconsciente domina toda la vida psíquica y real de un sujeto, hasta qué punto se puede decir que el sujeto mismo, lo que se llama la persona, aparece en una perspectiva kleiniana como siendo esta misma persona un efecto puntiforme de su fantasma. Esto es verdad tanto para el niño como el adulto. De manera que, si podemos decir que M. Klein ha fundado el psicoanálisis de niños, es descubriendo la potencia de estas cosas que justifican también el análisis de adultos, que se llama el fantasma y que Lacan llama «la cosa». Lo que Lacan ha añadido es cómo el fantasma es también un misterio, porque no vemos cómo un ser humano sea ya así desde su primera relación con el objeto que lo mantiene, la madre, porque está animado por una tendencia canibalística o por una tendencia a morder, a destruir el seno que lo alimenta.

Si hacemos del fantasma una fase del desarrollo en un sentido biológico, esto

hará morir de risa al biólogo, sería increíble. Lo que Lacan ha hecho es haber explicado el fantasma por la relación del sujeto con el significante. La cosa que crea dificultades en la teoría de Lacan, a saber que el sujeto se identifica con el significante de la demanda, por ejemplo, el seno en la primera demanda, o los excrementos después, esta identificación da la impresión de algo que nos extraña, pero es algo que la lengua confirma. La lengua no tiene nada más corriente que expresiones como «voy a comerte», «me devora con la mirada», «me fastidia, me molesta» («m'enmerde»). La teorización de Lacan ha venido en el momento en el que el psicoanálisis se encontraba frente a su mayor descubrimiento, que era al mismo tiempo su mayor misterio.

— **¿Cuáles son las diferencias técnicas en el psicoanálisis antes y después de Lacan?**

— La diferencia es sencilla. Antes de Lacan, el analista intervenía con lo que sabía. Pero, en un momento dado, a partir de los años veinte, cuando el psicoanálisis de pronto, a partir de la primera guerra mundial, se encontraba por todos los sitios, ya a partir de esta fecha el saber del analista, es decir, lo que sabía según los analistas anteriores, como el Edipo, por ejemplo, las interpretaciones fundadas en este saber ya no funcionaban. Pero no es porque no funcionaran que no continuaron. Hay analistas que creen, y lo dicen, que ellos van a decir al sujeto cuáles son los motivos inconscientes que hacen que llegue tarde. Incluso estiman que lo que ellos dicen es la verdad.

Es justamente para, en lugar de obsesarse, es decir, en lugar de continuar presentando la posición del analista como la de alguien que sabe, que Lacan, de alguna manera, ha puesto el saber del lado del sujeto. Pero esto necesita

una idea más precisa concerniente a este sujeto. Es una idea bastante sencilla: saber que cuando alguien dice algo, sin embargo, no por ello, él mismo, como sujeto que habla, queda fuera de lo que dice, y tiene una relación con lo que dice. Ocurre frecuentemente que lo que el sujeto dice sea exactamente lo contrario, signifique exactamente lo contrario. Lacan da el ejemplo del artículo de negación en francés: cuando se dice en francés «temo que alguien venga» («je crains que quelqu'un vienne»), se dice en francés «temo que alguien no venga» («je crains qu'il ne vienne»). Este artículo de negación en francés «ne» significa que lo que temo es al mismo tiempo lo que deseo, que venga, por ejemplo, y que terminemos.

O sea que, incluso a nivel de gramática, encontramos artificios, artículos que nos reenvían al plano de la enunciación. A partir de este momento, lo que se llama interpretar no tiene nada que ver con la aplicación de una ciencia o con un descubrimiento anterior, sólo está en relación con lo que se llama «tener orejas para escuchar». Lo que se llama «tener orejas para escuchar» se convierte en un uso sistematizado. Entonces, la diferencia técnica es enorme, porque con una dirección no lacaniana se queda en el plano de lo superficial, de lo universal, y se aplican sobre el sujeto cosas como el Edipo, etcétera, mientras que la dirección lacaniana queda en una sumisión al discurso, lo que no impide que este particular desemboque en lo universal. Sin embargo, no por ello lo que hemos aprendido en un caso debe ser completamente suspendido, pero debemos comenzar cualquier observación como si la tomáramos por primera vez.

— **¿Entonces, el saber lacaniano también sobraría, y todo sería cuestión del «ser» del analista?**

— El analista debe saber muchas cosas. Por lo que he dicho, no quiero decir que el analista permanezca ignorante. Debe aprender de los otros analistas, debe saber un poco de lingüística, antropología, lógica; en fin, todo lo que quiera. Pero lo importante es que este saber no es constitutivo de su posición de analista. Como analista no funciona más que con lo que ha aprendido de su propio inconsciente en su análisis didáctico, porque, si hay en él un punto que ha quedado reprimido, no escuchará lo que ocurre en otro.

Así, pues, en cuanto a lo que es del saber en la teoría lacaniana, no veo por qué no. Pero si hay una teoría que fortalece, que ayuda al analista a mantener, a saber por qué debe mantener el plan de la particularidad, ésta sería la teoría lacaniana. Incluso si esta misma teoría está expuesta a los abusos, como por ejemplo que se pueda hablar a un analizando doctamente hablándole del significante, etcétera. Admito que esta teoría pueda estar expuesta a un abuso, como cualquier otra teoría, pero es la única que define cuál es la particularidad del nivel en que debemos mantenernos.

El análisis terapéutico finalizaría cuando la razón por la que el sujeto ha venido es satisfecha, cuando se ha realizado cierto bienestar. Es decir, en el momento en que ha llegado a estar relativamente satisfecho en su relación con el trabajo, con el otro sexo, o también puede ser en relación a los objetos, como en el caso de la bulimia, etcétera. En este caso, si en el momento en que está satisfecho quiere partir, no veo por qué yo querría retenerlo.

Lo que hace que la cuestión de saber si el proceso analítico es un proceso que por su propio movimiento va hacia alguna parte, ésta es la cuestión del fin del

análisis en el sentido mismo de su finalidad, sólo se plantea a nivel de análisis didáctico. Es por eso por lo que Freud, cuando habla de «análisis terminable» o «interminable», lo hace a propósito de los análisis didácticos.

Ahora bien, la respuesta de Freud la conocemos; a saber, que el psicoanálisis conduce a un punto que es la roca de la castración, y que a partir de este punto el análisis puede continuar al infinito, sin franquearlo jamás. No es el análisis interminable; yo diría que es el análisis terminado en esta roca, pero que puede continuar al infinito. Entonces, hay diferencia entre los dos: entre terminar un análisis terapéutico y terminar un análisis didáctico. La respuesta de Freud es que el didáctico no termina, sino que llega hasta ese punto y no lo franquea.

Ahora bien, lo que dice Lacan es que esto es una conclusión que expresa los análisis conducidos por Freud, y que ha sido así con Freud porque tenía un prestigio que ningún otro tenía, era el padre del psicoanálisis. Estaba, pues, investido como el Sujeto Supuesto Saber por excelencia. Pero no es obligado que ocurra lo mismo con otros analistas, sobre todo si los analistas saben evitar vestirse con esas ropas que no les va en absoluto y que son las ropas del sabio. Según él, esta roca será franqueada.

Pero la cuestión del fin del análisis tiene otro aspecto, el aspecto institucional, y ahí Lacan ha tomado acto de lo que se decía, de lo que se manifestaba, de lo que se confesaba. Es decir, a pesar de cuarenta o cincuenta años de análisis didáctico en los institutos psicoanalíticos, nadie puede responder a la cuestión de qué es lo que se aprende en un análisis didáctico. Por ejemplo: ¿Se podría decir que aprendemos a conducir a un analista? Así, pues, el análisis didáctico queda como algo que ignora-

mos, lo cual ha sido dicho con fuerza por Bernfeld y Balint en sus artículos sobre el análisis didáctico en 1947.

Pero podemos constatar otro efecto, que ignoramos; es que esto no impide que se hacen listas de didácticos tanto en Londres como en Brasil. Hay grados: el analista asociado, el titular, pero el titular no es el didáctico, sino que es a través del titular como se opta por el didáctico, y el que va a elegir ese didáctico es el miembro del comité de enseñanza. Es una pirámide. Podemos sospechar que la ignorancia continua es para preservar un prestigio, y esto ha sido dicho por Balint y Sazz y otros. Lo que Lacan ha querido hacer es que, en vez de conservar esta ignorancia, y lo hacemos a partir del momento en que se constituye una estructura jerarquizada, ha querido servirse de esta misma ignorancia, y voy a utilizar su expresión, como un cuadro según el cual se ordena el saber. Es lo que hacen ustedes para solucionar un problema matemático: ignoramos la respuesta en cuestión, la solución, y se comienza por sujetar con alfileres esta ignorancia y escriben X. Pero ustedes reflexionan sobre los datos

del problema para darle una forma de ecuación; es lo que se llama servirse de la ignorancia como cuadro. Así, pues, cómo podemos proceder en un dominio que no es un dominio matemático.

Así, Lacan ha constatado, independientemente de toda teoría de si esto se franquea o no, el complejo de castración, que el análisis didáctico da lugar a un deseo de ejercer el análisis. De tal manera que no tenemos que intervenir ahí con nuestras opiniones, constatamos las cosas tal como se desarrollan de hecho. Un análisis didáctico da lugar a un analista, a un deseo de analista. Ahora bien, esto es lo que se llama servirse del cuadro de la ignorancia como cuadro para el saber, pero la cuestión es cómo podemos saber algo de ese deseo del analista.

Acabamos de decir antes que los efectos de un análisis no se juzgan más que «a posteriori», «après-coup», y entonces Lacan propuso la experiencia de la «passe» (el paso), que consiste simplemente en acoger testimonios sobre el análisis didáctico en un tiempo «après-coup».

